



LUIS BARRAGÁN: 2004 © BARRAGÁN FOUNDATION, SWITZERLAND



LUIS BARRAGÁN: 2004 © BARRAGÁN FOUNDATION, SWITZERLAND

A la izquierda, fotografía del comedor de la casa-estudio de Luis Barragán. Bajo estas líneas, imagen de la sala

conscientemente nos expresan la magia que encierra desentrañar los misterios de un recorrido lleno de laberintos: su casa, su alma. Los laberintos son el símbolo de la pérdida de orientación. Las esferas espejadas permiten a Barragán articular psicológicamente los tramos del laberinto, como puertas a distintos mundos de figuraciones ilusorias. No hay tan sólo aquí horror por las duplicaciones deformadas que reflejan estas esferas o por lo que nos descubren de nosotros mismos con imágenes distorsionadas, hay fundamentalmente la creación de otra forma de realidad, la posibilidad de que esas imágenes cobren vida o pertenezcan a una forma de vida que desconocemos. La duplicación de la realidad, ese hecho incomprensible y mágico que se produce en los espejos, me recuerda a Borges, quien utilizaba este concepto como fuente de inspiración a lo largo de su obra.

A través de la observación de ciertas situaciones reiteradas y de información biográfica recopilada, he podido barruntar algunas claves referentes a la personalidad de Barragán, que se mantendrán a lo largo de toda su vida. La mirada hacia las esferas espejadas le da a Barragán imágenes ubicadas en escorzo,

Si algo caracteriza a Barragán es su profesión de fe intimista: la arquitectura para él no es sólo un espacio habitable, sino un lugar de recogimiento

lo que lo coloca siempre al borde del abismo. Una angustia intensa recorre sus días, un hombre en permanente crisis. Por eso en Barragán la arquitectura habla el lenguaje de la filosofía (su biblioteca así lo atestigua) y ésta se convierte en piedra angular de la mirada, es decir, de la relación que el yo establece con las cosas para habitarlas. Mirar es nada menos que intentar tomar lo extraño en familiar y, por tanto, en habitable.

La casa-estudio de Tacubaya transmite constantemente un clima de misterio, concepto que Barragán adoptaría en su arquitectura y jardines. Los espacios se plantean y se resuelven dentro de un mundo hecho por Barragán a imagen y semejanza, más que de sí mismo, de sus deseos, miedos y laberintos interiores que viven en sus recuerdos. Si al-

go lo caracteriza es su profesión de fe intimista: la arquitectura, en su propia visión, no es solamente un espacio habitable, es, sobre todo, un lugar de recogimiento y de meditación. En Barragán hay una mística del espacio tal y como, al otro lado del mundo, la arquitectura y los jardines japoneses están animados por la filosofía zen: una filosofía que convierte al espacio en un propiciador del tao, del vacío, del viaje infinito a otro modo de ser. El arquitecto se comporta como un hombre radicalmente solo: Rosenda, Teresa, Adriana, Valerie... Barragán evoca a todas ellas con fotografías que se hallan diseminadas por toda la casa. En esta biografía privada, su casa-estudio, Barragán elabora una idea sobre sí mismo, que lo sometió a un estado permanente de tensión entre lo que quiere ser y lo que es, siendo el recuerdo de la culpa la síntesis minuciosa de esta casa, que fue denominada por uno de sus amigos *el convento para un hombre solo*.

La casa aparece como un bastión contra el mundo con espacios donde maneja el claroscuro, en contraposición a su estudio, donde alcanza un clima de intensa claridad y el uso de colores vibrantes. Quizá esta dualidad o ambigüedad espacial sea también una expresión de

la diferencia existente en su interior entre su vida íntima y su vida profesional. La casa como una caja de resonancia de un cristianismo de la ascesis, que no se pone en juego el placer, sino la finalidad. Una arquitectura que intenta plasmar el sentimiento de sí mismo, la vivencia elocuente del ideal. Freud y el psicoanálisis nos pueden conducir a un factor muy importante para entender al ser humano: como es el caso del análisis de la relación de Barragán con su padre como un factor esencial en la personalidad del arquitecto. La dureza de su padre, la incapacidad para las relaciones cordiales, su ascetismo, su intensa religiosidad, la culpa, la renuncia y la extrema severidad y el pánico a los placeres ordinarios de la vida marcarán a Barragán hasta el último día de su vida. |

CRÓNICAS RIFEÑAS



PACO SANCHIDRIAN

El Señor del burro

En medio de la miseria, lo único que no podía vender el padre de Taimunt era su fusil, cuya función era más disuasiva que otra cosa

ALI LMRABET

La 'jemmasia' de Ammar fue uno de los raros bienes que legó a su hijo mayor. Insólito fusil. El cañón era larguísimo y la culata, abarrotada de reales hassanies sólidamente pegadas, era puntiaguda y daba la impresión de estar afilada.

Según las reminiscencias de Taimunt, el viejo fusil no tenía puntería, ni empuje para dar en el blanco. Las balas salían corriendo como si escaparan de la pólvora, pero a escasos metros acababan cayéndose al suelo como plomo. La 'jemmasia' no valía ni para matar al perro, comentaba mi abuela. Como muchas armas vendidas por bribones contrabandistas europeos, tenía mucho de exotismo, bastante de ruido y nada de eficacia.

Ammar murió como muere la masa del campo. Enfermó súbitamente, trabajó hasta el límite de sus fuerzas y luego pasó a un amontonamiento de paja que le servía de cama para esperar estoicamente el 'frío de la muerte'. Una tarde, efectivamente, la helada comenzó a invadirlo. No hubo lloronas, dramatismo excesivo a la mediterránea ni gritos de dolor. Desde un rincón de la habitación, su familia siguió sus gemidos hasta la extinción. Cuando el patriarca pasó a mejor vida, sus hijos varones lavaron su cadáver, maniataron sus manos, una enigmática práctica milenaria cuya finalidad es aún desconocida, amortajaron su cadáver y lo enterraron.

Al día siguiente, sin más palabras que un escueto y firme adiós, Haddú se apoderó de la inútil 'jemmasia' y dejó Tafnesa con la esperanza que la miseria no le seguiría en su peregrinar. Comenzaba el año 1909. Eran tiempos agitados. Marruecos acababa de estrenar un nuevo sultán, Mulay Hafid, que había derrotado a su hermano, Mulay Abdelaziz. La Conferencia de Algeciras de 1906

había sellado el futuro desmembramiento del viejo y enfermo Imperio Jerifiano, y desde 1902 un tal Bu Hmara ('El del burro'), se había proclamado 'Mulay' y alzado contra el sultán pretendiéndose su hermano y reclamando el 'Glorioso Trono de los Alauitas'. Parapetado en el Rif, el Señor del burro se aprovechó del secular odio de los rifeños hacia Fez para consolidar su poder. En Seluán, donde instaló su capital, el falso 'Mulay' constituyó un pequeño ejército, comenzó a recaudar impuestos y terminó reprimiendo los que se iban dando cuenta que no era más que un vulgar impostor.

Es para ir a engrosar las filas del ejército de Bu Hmara que Haddú había abandonado Tafnesa. Pero al llegar a Seluán, se encontró con una capital semidestruida y con las huestes del engañador en fuga. No comprendió lo que pasaba y siguió la muchedumbre que se dirigía a Fez. Al llegar a la capital del Imperio, se encontró con un bullicio festivo. El ejército de Bu Hmara había sido derrotado por las tribus rifeñas hartas de sus exigencias y Jilani Zerhuni, verdadero nombre del sultán de pacotilla, entregado a los enviados del emperador. Mulay Hafid encerró al insolente en una jaula tirada por dos caballos y lo paseó por la ciudad, día y noche, para que la turba insulte y escupa sobre el que había osado rebelarse contra su señor y amo. Al final, el falso pretendiente tuvo una muerte digna de un auténtico súbdito del sultán. Fue descuartizado, su cabeza colgada en lo alto de una puerta amurallada y su cuerpo martirizado acabó en los estómagos de los leones de Su Majestad Imperial. Para Haddú, que no esperaba este epílogo, no había ejército en que alistarse ni jefe a quien servir. Después de maldecir el cielo, emprendió el camino de regreso.

La miseria no quería abandonarlo